

ANDRÉS SABELLA Y «NORTE GRANDE»

Desde el poema de la dedicatoria, el poeta ofrece el pétalo azul que ha cogido de las lejanías y en seguida estamos con él en la pampa. Pampa es una palabra ancha y henchida; ancha como la frente de Chile y henchida de una singularidad enigmática compuesta de silencio y soledad. Así como nosotros, los nacidos y crecidos en el valle central, los que nos detenemos a saborear nuestra ración de vida en la «buena tierra», nos imaginamos la pampa. A lo más, como un enorme par de alas grises.

Andrés Sabella, nos pone en comunicación con el personaje central desde el primer momento. Coge su enorme y siniestro personaje por el borde de su manto, por las manos, por los gestos de su fisonomía y nos va adentrando en la hondura de su palpar. El proceso es de novelista, pero el procedimiento es de poeta. Andrés no utiliza sólo los adjetivos agudos que rasgan las brumas y trazan los perfiles de la vida. Las imágenes desnudan suavemente las cosas; más aún, las abren como si el mundo todo fuera un árbol cargado de frutos que una vez abiertos, dejan saltar su esencia, su espíritu, su autenticidad. Súbitamente percibimos que esta belleza recóndita constituye un reino vencedor de la muerte. En Sabella la imagen cobra todo el vigor de su sentido. El lo entrega generoso, ágil, humano, El artista que «desentraña» es en él, Ariadna en un laberinto que florece en huella de hilos de sangre cálida y gozosa. No hay más que seguir el hilo; en alguna parte, en un sitio insospechado de este mundo de corolas, está Andrés dirigiendo el concierto del silencio prodigioso del espíritu de las cosas.

No es sólo la imaginación quien hace malabarismos acrobáticos; las palabras surgen henchidas de una emoción fresca y triunfante. Tienen el ritmo de un amor vívido a la naturaleza.

Recuerdo a nuestro amigo común... «Andrés Sabella es

demasiado lírico para la pampa...» No sé; pero la hace erguirse y caminar hacia nosotros justamente gracias a la magia de su lirismo. El humanizar los elementos, los acerca a nuestra comprensión. La pampa avanza revitalizada por un ancho fervor de hombre y de artista.

Pero he aquí que surge de pronto un Andrés insospechado. El poeta salta desde el reino de su interpretación, hacia una realidad violenta, erizada, de visibilidad universal: la humanidad adherida a la costra de la tierra; la humanidad forjada por la pampa y aquella otra intoxicada por la pampa. Pero la pampa es la frente de Chile y de la amalgama de estos elementos, nacionalidad y naturaleza, surgen individualidades que Andrés Sabella ilumina con luz cortante y potente. «El Minero» y su venganza criolla y refinada; La prestancia ruda, soberbia y alegre de «El Chichero»; Tito Soto y su pasión por ¡Linda gringa! quedan como sellos en el recuerdo; se yerguen todos, con sus pasiones, sus cuchillos, sus borracheras, sus tercas embestidas al destino y su abrazo a la pampa bajo la muerte, como un coro de chilenidad.

El novelista enfoca a los personajes de sus estampas ágiles, actúan, y para esta posición del artista, la palabra de los que actúan tiene la importancia de ser el núcleo donde vibra y arde la vida. Recogiendo la realidad, la presenta, la señala vibrante, porque ella viene florecida de un verismo que intensifican algunas expresiones, que a juicio de algunos, pudieron velarse, pero que surgen en las escenas, tan enraizadas en la vida, que envuelven una individualidad, el instante que vive y se proyectan sobre una clase y un ambiente. No podía el artista desfigurarlas sin nublar el género de su realismo.

En la anécdota de aquel Pedro que encuentra un antídoto a su soledad, ha sabido Andrés, con detalles que pueden parecer simplemente pertenecientes a la realidad ambiente, revelar estados psicológicos de una emoción honda: la mujer anuncia

alborozada a sus compañeras de oficio, que ha encontrado marido y se va, y para arrojar desde lo más profundo de su ser el estigma de su antigua vida, recuerda en alta voz un insulto entre muchos a que estaba acostumbrada; en el momento de alcanzar el borde de la paz en «una vida gris» pero decente, «la flaca Eulalia» busca, para hacer más intensa su vida actual, la expresión que condense los instantes de amargura y oprobio. Y cuando puede erguirse al comienzo de una existencia lisa, iluminada por una luz honrada, cambia su tratamiento al hombre y hay entre ambos formas de respeto y de ternura.

La fuerza dramática potente de la violación de Rosa en las soledades de la pampa, asombra y sujeta con una angustia sombría que sólo un novelista auténtico puede lograr producir. Aquella mujer sacrificada ferozmente al instinto, tiene la estatura de un símbolo en la gran desolación del desierto y de la vida. Pero en seguida Rosaura «tocada de crepúsculo», con su tesoro de orgullo por haber cantado en el coro infantil del Teatro Obrero en las rodillas de Recabarren, es una suave pero rotunda afirmación de esperanza y de energía; como lo es «la abuela de la revolución» y Herminia, la mujer que tiene como lecho para dar a luz, la faz gris y ancha de esa tierra.

Con emoción ferviente, que fluye entre las escenas, Andrés perfila las etapas trágicas del problema social en el norte. La obra, en este sentido, es fuente de informaciones de un período grandioso de reivindicación y de sangre: Antofagasta se perfila en las páginas con sus múltiples facetas; condensación de nacionalidades y de tipos humanos, sacudida por la vibración de huelgas, matanzas, guerra lejana y por el rebullir del oro y el ansia acumulada por el esfuerzo de apurar la vida. La ciudad se despereza sensual y sonríe enigmática apoyada en la pampa, de cara al océano. Cortan riendas en la pluma del novelista los recuerdos de su infancia y salen a vagar figuras grotescas de esas que tienden un puente de familiaridad y camaradería a la imaginación de los niños. Estas figuras tienen en las estampas

una sugerencia de articulaciones en el juego íntimo de la estructura de la ciudad.

Hay un amor alegre, épico, de noble expresión a Chile y a lo chileno en «Norte Grande». A través de las páginas del libro, corre este amor cálido como una vena de agua a flor de tierra. Con ese amor resucitan estampas del 79 y las viejas tonadas y cuecas de la época. Con ese amor, virilmente expresado, penetra en la historia y en la tradición de la tierra y en los hombres y dibuja la fisonomía de la pampa. Hace vivir su personaje a través de etapas dilatadas, porque es un personaje vencedor del tiempo, pero como el desarrollo de un período de su existencia está hondamente amarrado a los hombres que se le someten, es por ellos que la conocemos. Son sus hijos, son sus siervos, son los que pretenden dominarla, quienes nos cuentan en sus luchas, en sus angustias, en sus pasiones, en su sed, su agonía y su muerte, la influencia de la pampa sobre ellos.

He aquí la unidad de esta novela que desconcierta y preocupa. Desconcierta, porque parece absurdo amalgamar la realidad más colorida y violenta, o simplemente la vida normal de cualquier ambiente, con la poesía en una novela. Pero Andrés Sabella ha realizado una interpretación anímica de la pampa y sólo así era posible erguir esas figuras de hombres y mujeres de gestos definitivos, frutos genuinos de tal madre. Preocupa esta forma de novelar, porque es peligrosa para quien no tenga un sentido exquisito del equilibrio y preocupa también porque se saborea el libro como una mezcla rara y agradable.—R. RECA-BARREN.



LA SANGRE Y LA ESPERANZA, de *Nicomedes Guzmán*.—Editorial Orbe.

Este libro lleva un nombre como una bandera. No me atrevía a leerlo, porque me imaginaba que con estar habitada por